

¿Las drogas?, un mito

Carece de importancia que los hombres sean viciosos, mientras sean inteligentes, cita el autor del texto. Si los gobiernos no remedian la pobreza, la denigrante calidad de la educación y no restringen el poder de los monopolios, pueden continuar alimentando el mito de “las drogas”. **TEXTO: GUILLERMO FADANELLI**

“La realidad es para quienes no consumen drogas”.
—Frase en una camiseta

Quisiera pensar en la salud como en el olvido de uno mismo. Cuando se está sano el cuerpo desaparece; los órganos no se expresan, los músculos llevan a cabo sus funciones, pero lo hacen sin llamar nuestra atención. Es entonces cuando un dolor o una enfermedad nos devuelven a la vida, nos hacen conscientes de estar vivos. No sería absurdo definir la vida como una continua enfermedad que sólo en momentos excepcionales desaparece para trocarse en salud, es decir en olvido de uno mismo.

El cuerpo es un ser abierto a experiencias, lo es en todos los sentidos. No es una entidad limitada a sólo ciertas influencias, ni tampoco es capaz de aislarse por completo de los estímulos externos. El hombre es el hombre más todo aquello

que sus sentidos son capaces de percibir. Somos nosotros quienes imponemos los límites, sea a partir de nuestras costumbres morales o de los conocimientos que poseemos acerca de las sustancias que alteran nuestro organismo. Es por eso que cuando nos referimos a un conjunto de sustancias llamándolas sólo *drogas*, no nos comportamos como hombres de conocimiento, sino como seres morales que inventan demonios a la altura de sus propios temores.

Casi todas las definiciones que hemos inventado para el concepto *drogas* son aceptables porque en realidad no poseen ninguna utilidad. Si inventamos un concepto que contenga en su definición a los pájaros, las montañas y los planetas, estaremos creando una entelequia que cada quien entenderá como más le acomode. De la misma manera si incluimos en un solo apartado o en una definición



ILUSTRACIÓN: SILVIA GARCÍA

la cafeína, el opio, la belladona, la cocaína y el vino tendremos que sumar a esta lista el chocolate, la montaña rusa o los ajos que muchas personas consumen con fines afrodisíacos. No obstante lo absurdo que supone reunir en un concepto objetos tan distintos entre sí, nos hemos acostumbrado a escuchar a una persona o a un gobierno exclamar que están en contra de las drogas o que las drogas son dañinas para la humanidad. Lo que debemos entender con estas frases sin sentido es que detrás de ellas se esconde no sólo un temor infundado o un desconocimiento absoluto del tema, sino también un interés evidente por beneficiar a grupos que se aprovechan de las prohibiciones impuestas con el fin de aumentar su poder. Podemos hacer un experimento sencillo, preguntemos a una persona que dice estar contra las drogas lo que entiende por metanfetamina, heroína o cocaína base y lo que obtendremos a cambio será el silencio, o acaso la descripción de un mito.

¿Contra las drogas?

Antonio Escohotado sigue una antigua tradición al definir como “droga” a toda sustancia que nuestro cuerpo no asimila y le provoca alteraciones tanto anímicas como orgánicas: una sustancia que nuestro organismo o nuestra mente no puede *vencer*. Estas drogas se hallan presentes a lo largo de la historia del hombre, no sólo en la medicina o en el alimento cotidiano sino también en las ceremonias religiosas, las fiestas o en las costumbres rituales de todos los pueblos: tanto el beleño, la mandrágora, los hongos, el guaraná o el cacao han acompañado al hombre y han extendido su conocimiento en cuanto es un ser abierto a experiencias.

El camino más sensato para conocer a fondo las sustancias que nuestro organismo no puede *vencer* no es hacerlas desaparecer reuniéndolas en una definición disparatada de tan abstracta, sino al contrario,

aislando cada una de acuerdo a su constitución, sus posibles efectos o su valor en el mercado. Y no olvidemos lo más importante: no todas las sustancias son asimiladas de la misma manera por individuos diferentes. En las comunidades urbanas más pobres, menos educadas y más desprotegidas, las drogas, se dice, tienen efectos devastadores, sin embargo lo que en realidad tiene un efecto nocivo no son las sustancias, sino la pobreza, la nula educación y la ausencia de servicios sociales. Cada vez que escuchemos decir a una persona que está contra las drogas, podemos estar seguros de que nos hallamos frente a alguien que seguramente desconoce aquello a lo que se está oponiendo. Un ejemplo que ilustra bien mis palabras: si mañana un amigo nos busca para informarnos que ha decidido manifestarse contra los peces—desde los ajolotes hasta las ballenas—, es probable que lo consideremos un alucinado o un bromista. No obstante existen personas que se pronuncian contra las drogas y no son consideradas ni alucinadas ni bromistas. El mundo está al revés.

El consumo moderado de cocaína es inofensivo, lo mismo que el de marihuana o algunas sustancias diseñadas que se obtienen a partir de aceites vegetales, como el éxtasis. En los años cincuenta, la línea aérea Panam dotaba a sus pasajeros de inhaladores de benzedrina para hacer su viaje más placentero, hasta que la prohibición de las anfetaminas las desvió hacia el mercado negro. Nadie puede explicar de manera sensata por qué razón si la cocaína o la marihuana están prohibidas, se permite en cambio el consumo de alcohol o de tabaco que tantas muertes, conflictos sociales o adicciones fomentan. La cafeína es la sustancia permitida que más se consume en el mundo. La encontramos en refrescos, bolsas de té, barras de chocolate, analgésicos y en el café: a nadie se le ocurriría prohibirla pues es un estimulante esencial en la vida de casi todas las personas. Una lógica estricta nos llevaría

a pensar que las prohibiciones se realizan sólo para beneficiar intereses bien definidos. Las prohibiciones absurdas o disparatadas como las que sufrimos en la actualidad benefician a los delincuentes, además de poner en riesgo la vida de las personas. Un ejemplo que cito de memoria es que sólo a partir de la prohibición en Estados Unidos de una sustancia inofensiva como el éxtasis o MDMA se sucedieron varios casos de muerte. Es natural, sin ninguna clase de control de calidad los traficantes modifican las sustancias a su conveniencia: antes de la prohibición el éxtasis, por supuesto, era consumido sin ningún peligro.

Educar, no prohibir

Los consumidores de cocaína o de otra clase de estimulantes tienen derecho a que el Estado garantice a través de un orden jurídico la honestidad en el mercado donde ellos son ciudadanos y clientes que pagan impuestos. El dinero que desperdician los gobiernos en guerras perdidas de antemano contra el narcotráfico tendría que destinarse a la educación de los ciudadanos y al fortalecimiento de los centros de salud. En una sociedad donde los ciudadanos poseen capacidad de discernimiento, además de libertad de elección las prohibiciones como las que ahora vivimos devienen ridículas. En estos casos acostumbro citar a Helvetius cuando escribe que carece de importancia que los hombres sean viciosos, mientras sean inteligentes. Si los gobiernos mexicanos no remedian la pobreza, la denigrante calidad de la educación y no restringen el poder de los monopolios para conducir la vida de las personas, pueden continuar alimentando el mito de “las drogas”. Por lo menos yo no les creo. •

GUILLERMO FADANELLI

Ciudad de México, 1964. Escritor, sus más recientes libros son *Educar a los topos* y *Plegarias de un inquilino*.